

confesionalismo forzado de la Inglaterra moderna; y de ahí, al simbólico y «bicéfalo» y *sincrético* de la actual Alemania—que se diría *summum* de la complejidad psico sociológica de nuestra época.

§ 82. *Superioridad de las «escuelas inter-confesionales»*.—Resumiendo: ¿cuáles son las ventajas, cuáles los inconvenientes de cada uno de estos tres modos típicos de considerar la religión y de aplicarla á la instrucción pública? El laico absoluto, imbuido por los filósofos y enciclopedistas del siglo XVIII en la Revolución francesa y aplicado por ésta á la educación, tiene, según sus parciales, las ventajas de salvar las generaciones jóvenes de fanatismo anti-progresista, y mantenerlas incólumes las del romanismo anti-patriótico; y, según sus detractores, el inconveniente no menos grave, de quitar á la juventud los ideales de la moral cristiana, para que, marinos en los mares de las luchas de la vida, escollen y naufraguen faltos de ese norte luminoso. Al modo estrictamente creyente del verdadero catolicismo tradicional ó de los viejos puritanos, se le achacan los peligros de la ignorancia y de la estrechez de un dogma ni científico ni patriótico; cuando no, como en Inglaterra, los de llevar la lucha político-religiosa al seno de la escuela. Queda el inter-confesionalismo alemán sin los inconvenientes y con las ventajas de todos y algunas más propias:

Difunde una moral cristiana, tan propicia al progreso;

Evita en las escuelas las amarguras injustas de las discusiones político-religiosas;

Purifica el mismo concepto de la religión, sometiéndolo sus defectos á crítica filosófica, pero no política;

Patrocina el respeto de las creencias, que es el mejor fundamento de la dignidad humana;

Amplia el criterio en el estudio de la religión, y le eleva con el conocimiento de la literatura mística.

Como se ve, se puede fundar la escuela inter-confesional, la enseñanza obligatoria del cristianismo, en otros argumentos harto menos *anacrónicos* que el escolástico de la «salvación del alma»: en la misma felicidad individual y en el progreso de la patria. «El único fin, la única esencia, el único uso de toda religión pasada, presente ó futura, es conservar viva y ardiente nuestra conciencia moral, que es nuestra ley interior. Toda religión ha servido para recordar más ó menos bien lo que más ó menos bien sabemos: la diferencia absolutamente *infinita* que existe entre un hombre bueno y un hombre malo; pero mandarnos amar al uno infinitamente y aborrecer al otro infinitamente, es forzarnos infinitamente en no ser el uno y ser el otro.» Así dogmatiza Carlyle (siempre el Carlyle de «*Pass and Present*»); así sienten y piensan los pedagogos inter-confesionalistas alemanes; así algunos preclaros ingleses.

Por otra parte, es de notar que ese principio inter-confesionalista de la pedagogía alemana es considerado, y paréceme, *insustituible*. No hay moral estoica, kantista ó utilitarista que pueda llenar ese vacío; así como tampoco el estudio crítico del cristianismo no podría llenar el que dejase una educación desprovista de esos estudios de filosofía. En vez de contradecirse unos y otros conocimientos, se complementan. Forman el todo de la educación política, moral y filosófica del estudiante alemán. El resultado es que las varias actividades de la mente se equilibran; y el joven siempre sale ganando, para sus actuaciones en la vida, es-

tos dos sanos elementos: un conocimiento crítico de la religión de su país y de su época y un alto ideal cristiano. Podrá luego ser socialista, demócrata, epicúreo, pero siempre llevará en sí esas dos viriles fuerzas de poder individual, que, en el conjunto colectivo, son fuerzas nacionales.

La manera de aplicar esta doctrina en todos los establecimientos alemanes (*Kindergarten, Volkshullen, Gymnasien, Realschulen, Realgymnasien*, universidades, escuelas industriales, etc., etc.), es la siguiente: con la continua práctica de los salmos que se cantan diariamente en escuelas y colegios, oportunamente en las universidades; con el estudio de la religión, al cual dedican dos ó tres horas semanales en *todos* los grados ó años de escuelas y colegios (salvo algunas veces los cursos superiores), y con la crítica del dogma, que tan activa es—más activa que en cualquiera otra parte del mundo—en las universidades de Alemania, donde sobre el asunto se escriben anualmente millares de folletos y tratados. Puede decirse que en los planes de instrucción pública alemana, es la religión—el estudio y la práctica del cristianismo—materia de preferencia, pues es la que más se repite, la que bajo más diversas formas se cultiva y se practica; se generaliza á toda suerte de establecimientos educatorios, y casi siempre, finalmente, encabeza planes y programas. En segundo lugar viene el estudio de la lengua, y después, en el tercero (haciendo cómputos generales) la historia natural, la historia ó las matemáticas, según la categoría ó índole de la escuela ó liceo. Es bueno anotar para aquellos espíritus que proclaman la enseñanza materialista y estrecha como desideratum *económico* de la educación moderna.

Pero es bueno hacer notar también que tal estudio

inter-confesional, es sólo posible en países que, por su carácter nacional y su ilustración, abundan en espíritus elevados que sienten la religión, no á la manera estrecha de un clérigo español de la Edad Media, sino al modo grandioso de un Carlyle. Sólo con tales intérpretes, creo que puede ser fecundo tan bello sistema; de otra manera, peligroso sería.

§ 83. *Fatal ingerencia del socialismo en la educación.*—El socialismo, que es al propio tiempo un conjunto de doctrinas similares, un partido político-económico y una tendencia humanística, ha pedido por órgano de autores y congresos, que la educación sea socialista. La importancia y el continuo incremento de este nuevo orden de ideas, su representación y sus crecientes exigencias en los parlamentos y gabinetes, ponen al día este problema educatorio: ¿Qué relaciones pueden existir entre el socialismo y la educación? Considerando un peligro el socialismo, ¿se le puede combatir con una educación preventivamente antisocialista? Considerándolo una necesidad social, ¿conviene su proselitismo en las escuelas y universidades, como medio de ampliarlo y *encauzarlo*?

Baste enunciar tales cuestiones para penetrarse de su gravedad. Es indiscutible que no hubo jamás, ni podrá haber, un gran movimiento social que no repercuta, directa ó indirectamente, en la educación. Allí es donde manifiesta primero el triunfo de sus ideas, en reformas violentas, la revolución vencedora; allí donde los conservadores preparan, estimulan y provocan las reacciones del futuro. Si se quiere un ejemplo, estúdiense el nuevo humanismo del siglo XVIII; las reformas educatorias consiguientes á la Revolución francesa, y las reacciones continuamente intentadas

por ciertas escuelas jesuíticas. Es, pues, axiomático que el socialismo no pueda luchar sin tocar la educación: su ingerencia es fatal. Pero la educación *general*, la primaria y secundaria, está en casi todos los países contemporáneos, ó en manos del Estado, ó bajo la superintendencia del Estado; y ningún Estado es, hasta ahora, socialista. Luego el socialismo no puede aún haberla conquistado. Las universidades, por la elevación de su papel intelectual, sean ó no autónomas, deben escapar en su enseñanza, á la intervención *partidista* del Estado. El profesor universitario «socialista de cátedra», no es un simple perturbador á quien pueda hacer callar un decreto del P. E. El ideal escolástico de la universidad sectario-religiosa y el napoleónico de la universidad sectario-política, son hoy anacronismos repudiados por toda opinión ilustrada: el pensamiento sólo puede ser grande, cuando es libre. Y el pensamiento de las universidades debe ser por excelencia, vasto, generoso, complejo, contradictorio, para el porvenir de la patria en aras del progreso.

En resumen: el socialismo debe fatalmente bregar por ingerirse en la instrucción pública; el antisocialismo por combatirlo allí como medio preventivo. Pero el único campo posible de acción educativa socialista ó antisocialista, es la instrucción *general* (primaria y secundaria), pues la superior se halla fuera, por su excelsa naturaleza, de todo entrometimiento de influencias externas: debe obedecer á los ideales—sean cuales fueren—de todas y cada una de las altas personalidades que constituyen su cuerpo docente á quienes debe dejarse libre espacio para desenvolverse, en toda su amplitud, su capacidad.

Descartando á las universidades y reduciéndonos á

la instrucción *general*, veamos ahora una y otra de las dos hipótesis más arriba planteadas:

Si el socialismo es necesario, ¿cómo podrían encauzarse sus ideales en la instrucción pública, y cuáles pudieran ser los resultados de esa enseñanza?

Si es perjudicial, ¿cómo el Estado pudiera hacer servir la instrucción pública de medio preventivo anti-socialista, y con cuáles ventajas ó inconvenientes?

§ 84. *La educación ideal del socialismo, según Bebel.*—El programa de Gotha encarece, como primordial medio de reforma socialista, la *educación popular, común é igual en los establecimientos del Estado.*

«Todo niño que nazca, concreta Bebel, sea varón ó hembra, es una accesión bien venida, porque la sociedad ve en ella la persistencia y continuación evolutiva de sí propia; por eso se siente también obligada desde luego á atender con todas sus fuerzas al bienestar de la nueva criatura. Ante todo, pues, la mujer que pare, que cría, la madre, en fin, es el objeto de sus solicitudes. Habitación cómoda, personal simpático, disposiciones de todo género apropiadas á esa fuerza de la maternidad, asistencia cuidadosa de la madre y del hijo, son la primera condición. Que el hijo disfrute cuanto tiempo sea posible del pecho de la madre, se entiende...

»No bien ha crecido algo, los compañeros de la misma edad le aguardan, para que, sometido con ellos á la vigilancia común, tome parte en sus juegos. Aquí también se dispone lo que es posible y conveniente para el desarrollo físico y espiritual, según el estado de los conocimientos y de la inteligencia humana. Con los salones de juego vienen los *jardines de la infancia*; más tarde empieza la iniciación á manera de juego en

los rudimentos del saber y de la actividad humana. Habrá trabajo intelectual y físico; ejercicios gimnásticos y movimiento desembarazado en las plazas de juego y de gimnasia, en los planos de hielo, en el baño de natación; marchas de ejercicio, combates de palestra y ejercicios para ambos sexos que alternan y se completan entre sí, pues se trata de formar una generación sana, curtida, desarrollada normalmente de cuerpo y de espíritu. Paso á paso se siguen la introducción en las diversas operaciones prácticas, los trabajos fabriles, la horticultura y la agricultura, toda la técnica del proceso de la producción. No se descuida entre tanto la instrucción intelectual en los diferentes ramos del saber...

»Conforme al alto nivel de la cultura social, serán de primera calidad el adorno de las clases y los utensilios de enseñanza. En los *medios de instrucción y educación, en el vestido y en el sustento*, ningún alumno se verá pospuesto á los demás. El número y la excelencia del personal docente no desmerecerá de todo eso...

»Tal será la educación de *ambos sexos*, común é igual, debiendo separarlos únicamente en los casos en que la diversidad del sexo lo exija perentoriamente. Y este sistema educativo, rigurosamente reglamentado y sometido á estricta vigilancia hasta la edad que la sociedad declare mayores á sus hijos, habilitará á ambos sexos en todos los sentidos para el disfrute de los derechos que les conceda y el cumplimiento de los deberes que les imponga, pudiendo estar completamente segura la sociedad de haber educado solamente miembros sanos y por todo concepto bien desarrollados.»

§ 85. *Critica del valor antipedagógico del espíritu sectario del socialismo.*—Aparte de la verdad ó falsedad de las teorías económicas del socialismo, pedagógicamente, científicamente, su espíritu educatorio presenta gravísimas deficiencias, que podría sintetizar en ésta: desconociendo la desigualdad de las clases, tiende á desconocer las *desigualdades de individuo á individuo*, y de este desconocimiento resultaría destruida la libertad de estudios tal cual la he expuesto, esto es, por *diferenciación de idiosincrasias individuales*. Según esa teoría de libertad de estudios, *cada* educando debe recibir una instrucción singular, *diversa* de otras, propia para desarrollar *en él* todas sus fuerzas y actividades innatas. Nada más contrario á esta doctrina, á sus bases metafísicas, psicológicas y fisiológicas, que el aplanamiento de las idiosincrasias individuales, la mecanización de todas las inteligencias en moldes idénticos; en una palabra, la *democracia intelectual*. La libertad de estudios es, en su esencia íntima, en su verdadero espíritu, todo un proceso de *aristocracia por diversificación psico-fisiológica*, para que, como he dicho, cada uno produzca los mejores frutos de que sea susceptible, en el papel que le designa su temperamento en el reparto social.

No se me oculta que esta teoría no se halla en contraposición abierta con las últimas conclusiones del socialismo científico, sino que más bien las corrobora; pero ese socialismo científico, ese ideal del «socialismo de cátedra», no es lo que *hoy* predomina en el espíritu de la revolución socialista, donde todo, á lo menos para una enorme mayoría de sectarios, es proceso de democratización y uniformidad de las clases sociales. Y nada más contrario á los principios filosóficos de la educación. Sólo para evitar esas ingratas

consecuencias, convendría mantener á la instrucción pública alejada de todo sectarismo socialista, que atacaría el verdadero espíritu, tan intrínsecamente aristocrático, de la libertad de estudios.

Por otra parte, la instrucción socialista presentaría también los dos apuntados inconvenientes generales de toda educación sectaria: 1.º, henchir el alma de los niños con las amarguras de la lucha política, en perjuicio del equilibrio de su débil psicología; 2.º, ser contraproducente, al punto de motivar, una vez libre el joven de la influencia de esa enseñanza, reacciones fanáticas contra las ideas que se quiso inculcarle, cuyas reacciones son siempre perjudiciales, así para el individuo como para la sociedad.

La opinión oficial del Estado es, por ahora, en todos los países de mayor cultura, más ó menos antisocialista. Por tanto, los gabinetes y los parlamentos tratan, por doquiera, de defenderse contra un orden de ideas que consideran, justa ó injustamente, un peligro. Para combatirlo, se cuentan estos medios preventivos: la fuerza y la idea. La fuerza se ha manifestado singularmente en leyes especiales de policía. Nada menos eficaz; pues sometiendo la «causa» á medidas odiosamente severas, se la realza y ennoblece ante el espectador indiferente que compone la mayoría del público, de manera que las simpatías puedan conquistarse adeptos. Las grandes revoluciones se hacen, no por raciocinio, sino por sentimiento. Por ello, poco á poco los Estados contemporáneos, en un común acuerdo tácito entre antisocialistas y socialistas, han venido derogando las leyes policíacas «de excepción». La opinión pública las ha condenado de antemano; y excluida la fuerza como contraproducente, queda la idea como palanca de fuerza. ¿Y dónde podría luchar

mejor la idea, para los fenómenos sociales del futuro, que formando las opiniones del futuro? ¿Y dónde formarlas sino en la educación? Pues bien; el Estado es, en últimos términos, y aunque las altas regiones de la instrucción superior no deban caer ni caigan bajo su imperio inmediato, el maestro del pueblo. *¿Podría el Estado servirse de la instrucción como medio preventivo antisocialista?* He ahí uno de los más delicados problemas contemporáneos de instrucción pública.

De acuerdo con los principios desarrollados, pienso que el Estado *no* debe, bajo ningún concepto, hacer á las escuelas y colegios órganos de propaganda política. ¿Debe por ello permitir que maestros prosélitos propaguen sus ideas socialistas en institutos oficiales ó particulares? En los oficiales es indiscutible su derecho á evitar, según lo expuesto, *todo* sectarismo, cualquiera que fuese, y por el solo hecho de serlo. Pero creo que debe, en virtud de su derecho de inspección, si no prohibir (lo cual sería contrario á la libertad humana de enseñar y aprender), excluir de toda garantía oficial á los institutos socialistas de educación general: no reconocer sus programas ni diplomas, ni permitirles incorporarse á su instrucción. Y entiéndase que ello no importa desconocer la razón ó sinrazón de las doctrinas socialistas, pues tales medidas obedecerían tan sólo al principio de que debe evitarse todo sectarismo en la educación; más que por pasiones de política, por verdades inconmutables de pedagogía.

Sin embargo, no debe dejarse al educando, so pena de darle una instrucción incompleta en absoluta ignorancia de las doctrinas socialistas: la ética en materia de socialismo, por una parte, y la economía política por otra, deben instruirlo, no sectaria sino *críticamente*. El Estado debe velar por ese complemento in-

dispensable de una buena educación moderna, así como, según los anteriores párrafos, no puede excluir de su enseñanza los principios y la historia del cristianismo. Cristianismo y socialismo podrían, pues, equipararse bajo ese punto de vista pedagógico.

§ 86. *Doctrina del moderno «anticristianismo».*—

La reacción del nuevo-humanismo del siglo XVIII contra la escolástica medioeval, lo ha preparado. Los progresos de las artes políticas, la proclamación universal de los derechos del hombre, los dogmas post-marckianos de las ciencias físicas y naturales, la facundia del individualismo positivista, las sordas amenazas del socialismo: todo ha contribuido á producirlo. La ambición de los filósofos que han aspirado á ser porta-vozes del nuevo espíritu, lo ha concretado. Y he ahí que en los modernos tiempos, y como creación de ética ultra-moderna, surge el anticristianismo, ó, si se quiere, por eufonía, el *antecristianismo*.

No es la metafísica sub-escolástica; no es el deísmo rusoniano; no es la mofa anti-religiosa de los buenos tiempos de Voltaire; no es el cristianismo materialista de Renán. No es nada y lo es todo. Pero sus raíces están más bien en la filosofía de la voluntad, materializada en Stuart-Mill é idealizada en Schopenhauer. Su abolengo remoto, que no puede hallarse en Rousseau, porque Rousseau era romántico, se descubre en Hobbes. El «estado natural» del hombre-fiera de Hobbes, en perpetua guerra de individuo á individuo y de sociedad á sociedad, y no la faz consensual del contrato, es lo que, en últimos términos, proclama el Antecristo: *homo hominis lupus*. Ese «estado natural» de guerra se desborda rudamente en la prehistoria, y aun en la historia, por el animal, la alimentación y la

generación, el individuo y la especie; hoy se reduce ya no á lucha animal sino á lucha *humana*. Pero ¿qué es el hombre sino un animal complejísimo, pero al fin animal; es decir, con todos sus instintos y necesidades? La lucha humana vendría á ser para el Antecristo el «estado natural» de guerra del hombre-fiera primitivo, por la alimentación y por la generación; pero así una como otra función, no son ya trofeos de la lucha de la fuerza: lo son de la inteligencia. El Antecristo no entiende de caridad sino para sí mismo; y la caridad es la piedra angular de la Iglesia de Cristo. El Antecristo representa la filosofía de la acción destructora y vencedora: la negación más categórica del *nirvana*, con el cual tan estrechamente se emparentan el Nuevo Testamento, Jesús y Buda. El Antecristo es una figura ideal que encarna el espíritu universal, así como Cristo encarnara otro espíritu no menos universal: el de Dios. El Antecristo, finalmente, es una voz que en nuestra época habla cada día más alto, como un trueno del infinito, y dice á nuestro oído: nuestro fin es el alcanzar la mayor felicidad; lo bueno es el poder; lo malo, la debilidad; lo moral, la acción; lo natural, fuerza; la virtud, valor; la piedad, imperfección; la destrucción del más débil, triunfo; el triunfo, la felicidad.

Nadie ha resumido mejor que Nietzsche la naturaleza íntima del Antecristo, aunque más por síntesis, á la manera de los antiguos profetas, que por análisis, al modo de los filósofos modernos. He ahí una de sus mejores definiciones, que se diría un salmo á un doble Dios, tan repugnante cuando muestra su sonrisa de cinismo, como atrayente cuando fija su mirada de voluntad.

«¿Qué es lo que es bueno? Todo lo que exalta en el

hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo.

»¿Qué es lo que es malo? Todo lo que arraiga en la debilidad.

»¿Qué es la felicidad? El sentimiento que el poder *acrece* cuando una resistencia es vencida.

»No el contentamiento, sino todavía el poder; no la paz ante todo, sino ante todo la guerra; no la virtud sino el valor (virtud en el estilo del Renacimiento, *virtu*, virtud desprovista de moralidad).

»Perezcan los débiles y los fracasados: primer principio de nuestro amor á la humanidad. Y que aun se les ayude á desaparecer.

»¿Qué es lo más perjudicial, que no infesta cual el vicio? La piedad que experimenta la acción por los *déclassés* y los débiles: el cristianismo.»

§ 87. *Su absurdo como «medio» de educación.*—Podrá la doctrina ultramoderna del Antecristo, ser ó no ser, según se opine, eficaz en el proceso de selección de la especie, en el de fuerza y cohesión de las sociedades, en el de progreso universal: cualquiera que sea su verdad ó conveniencia, pienso que, en la educación, ninguna ética puede ser más *adversa* al pleno desarrollo de las potencias latentes en la primera edad de la vida. La educación tiene por objeto, en cierto modo (lo decreta la profunda palabra de Platón), desenvolver al cuerpo y al espíritu todas las energías y perfecciones de que sean capaces. Para la mayor plenitud de ese desenvolvimiento, nada mejor que la libertad individual del educando, dentro de las restricciones sociales. Debe dejarse que obre la naturaleza, coadyuvada y no forzada por la obra del hombre (Rousseau): El niño, como la mujer, por su debili-

dad psico-fisiológica, necesita del amparo del más fuerte. Falto de esa protección bienhechora, puede ser juguete de sus malos instintos y de los malos ejemplos. Si se encastilla en sí mismo, si se le aísla en su propia debilidad, rodeado de adversarios más vigorosos, se produce un fenómeno psicológico de fácil comprensión, una depresión de su ánimo. La tristeza de su impotencia presente le ofusca hasta hacerle olvidar la esperanza de su futura virilidad. Con ello, pelagra su desarrollo psico-fisiológico: el ánimo apocado no trabaja; la melancolía enerva la actividad del cuerpo. El espíritu y el cuerpo, para el diario ejercicio de sus facultades, necesitan de cierta alegría de suficiencia, de cierta despreocupación, de cierta tranquilidad que difícilmente pueden difundirse en un estudiante proscrito en el aislamiento de su incapacidad. Y es casi fatal que, en la ferocidad disimulada de una masculina educación henchida de espíritu individualista, algo se produce de esa depresión de débiles proscritos. Entonces, para fortificar el ánimo deprimido, debe jugar como resorte importantísimo en la educación moderna el Cristianismo, religión de piedad, religión de consuelo. La del Antecristo, es religión de *estímulo*, de guerra implacable; religión de fuerza y de ferocidad en las luchas de la vida.

§ 88. *Eficacia del cristianismo «interconfesional» como «medio» de educación.*—Sin entrar á estudiar los dogmas del Cristianismo, pienso que ninguna ética es más adecuada á fortalecer el ánimo del niño, para su mejor proceso de crecimiento. Sin discutir la religión en sí, lo cual sería apartarnos de esta exposición, dando ya como posible cualquiera de las hipótesis de su verdad ó falsedad, la pedagogía no puede menos de

proclamar el cristianismo, si no como un principio inmutable, como *medio* eficaz de educación. Más tarde, el libre-examen del estudiante formará su criterio en la materia: los sentimientos cristianos que se le inculcaron en la escuela no serán obstáculo á su libertad de pensamiento, en su continuo contacto con la contradicción, y aun cualesquiera que sean sus posteriores creencias, esos sentimientos serán, por lo menos, amable paliativo en las guerras por el sustento y la preponderancia; en las luchas del individualismo, que en últimos términos, son las del hombre-fiera primitivo de Hobbes y las de la fiera-hombre contemporánea del Antecristo.

Pero se me podría argumentar volviendo á la inversa mi raciocinio: el espíritu del Cristianismo, como religión de amparo y de consuelo, como sostenimiento del débil, ¿no perjudicaría el riguroso ejercicio de las fuerzas inertes en el educando? ¿No lo invitaría al reposo de la voluntad, al enervamiento de la voluntad, en vez de lanzarlo á la palestra de la acción? ¿No aniquilaría su voluntad en vez de enardecerla para esa lucha á la cual la educación lo prepara?...

§ 89. *Ineficacia del espíritu cristiano en la educación de individuos de razas débiles; ejemplo de la instrucción jesuítica en las misiones de Sur-América.*—Todo ello, paréceme, es cuestión del *sujeto*. Posible es que el Cristianismo, como *medio* educatorio, llegue á enervar la voluntad individual de individuos de suyo apocados é ineptos para el esfuerzo sostenido y pujante. Pero, en cambio, su misma doctrina robustece el ánimo del educando débil en su menor edad, y fuerte por las potencias innatas que sólo esperan el cultivo de la educación, las circunstancias de la auto-educación,

para manifestarse en su plenitud. En otros términos: el Cristianismo como *medio* educatorio debe coadyuvar á la eliminación de los débiles é inútiles, y al vigorizamiento de los fuertes y útiles, mientras que el espíritu del Antecristo, como *medio* educatorio, tiende á disminuir y enervar á todos, débiles y fuertes, ¡salvo el genio!

Curiosísimo ejemplo de esta tesis nos presenta la historia, en la educación eminentemente cristiana que recibieron los indios en las misiones jesuíticas establecidas en las colonias españolas de Sur-América en los siglos XVII y XVIII. En efecto; la *materia prima*, los educandos, eran elemento indígena; es decir, elemento *débil*, elemento enervado psico-fisiológicamente: ¿qué efectos produciría la educación cristiana que recibirían aquellos *hombres-niños* de sus maestros espirituales, señores de su voluntad? Los guaraníes, raza que llenaba todo el vientre de Sur-América, del Amazonas al Paraná, fueron los principales *sujetos* de aquella educación cristiana de mansedumbre y de piedad; para indagar su capacidad intelectual, baste este hecho conocidísimo y comprobadísimo: no sabían contar más que hasta tres. Las circunstancias históricas vinieron á demostrar, del modo más gráfico, los resultados que podía producir, ensayada en tales elementos, la educación jesuítica... Expulsada la Compañía por decreto de Carlos III, ¿cuáles consecuencias dejó, en la copiosa tribu abandonada? Más débiles y más ineptos que nunca, los indígenas cayeron rápidamente en una idolatría *sui generis*: y luego, en la lucha por la vida, los han ido venciendo, poco á poco, los hombres y las cosas, los sucesos y las circunstancias, hasta hacerlos desaparecer casi del contacto de los pueblos vivos... El Cristianismo, lejos de



aumentar su fuerza, *acreció* su debilidad. En vez de impulsarle de nuevo y con nuevos bríos á la lucha en que fueron tan bárbaros (sus venganzas eran anteriormente tales, que después de años de enterrados sus enemigos, exhumaban sus huesos para pisotear su cráneo), los llenó de mansedumbre, los entregó inermes á manos opresoras. En cambio, ese mismo Cristianismo, esa misma enseñanza, esa misma educación del cristianismo, ¡cuántos principios de potencia ha desenvuelto hasta el apogeo en pueblos de valiente nervio y de sangre emprendedora! Diríase que da fuerza para el fuerte, y debilidad para el débil, así en los individuos como en los pueblos. Y en tal caso, tratándose de razas blancas de alto potencial psico-fisiológico, es decir, de razas fuertes, pienso que el espíritu cristiano que no se fanatiza, es de alta eficacia en el triple proceso de formar al hombre, seleccionar la raza y coadyuvar al progreso.

El citado ejemplo de la educación jesuítica, en las misiones indígenas de Sur-América, es de conmovedora elocuencia. Concita la admiración del pedagogo y el estudio del sociólogo: pues tiende nada menos que á demostrar, no el poder indiscutido del espíritu del cristianismo para consolar en su fuero interno á pueblos y hombres ineptos para luchar por la vida, sino su influencia, fausta ó infausta, positiva ó negativa, para *fortificar* ó *debilitar* su potencia de acción en la sempiterna lucha. Permitase un paréntesis á tan importante tópico.

Todos los acontecimientos políticos é institucionales están regidos por leyes lógicas de causas y efectos, contra las que poco puede, generalmente, la iniciativa humana. La conquista española de los pueblos indíge-

nas americanos obedeció á reglas fatales al llevarse á cabo de la manera como se efectuó. Nada ocurrió al acaso.

La religión cristiana proclama la igualdad absoluta de hombre á hombre; la filosofía idealista, en sus múltiples doctrinas, exhorta á respetar el derecho de igualdad en el hombre; y las doctrinas del positivismo, sobre todo del evolucionismo, nos enseñan como corolario importante de sus bases, *la desaparición de las razas inferiores* en la evolución eterna del progreso, para dar mejor lugar á las superiores. Es hermoso creer en la igualdad y practicarla; pero la historia demuestra que los pueblos inferiores que se conquistan, ó se funden con los invasores, ó desaparecen como la espuma que huelga sobre las ondas. Esto ha sucedido con los pueblos indígenas de América, que sólo en ciertas naciones han dejado grandes rastros en la raza y en la lengua. Han disminuído terriblemente: tienden á desaparecer, á dejar el sitio libre á civilizaciones superiores y pueblos más fuertes. Las conquistas daban por resultado, en los antiguos tiempos, la formación de *castas* despreciables, en primer lugar, y la institución de la *esclavitud* en segundo. En tiempos modernos, estos efectos no fueron tan frecuentes, pero la corriente natural de los sucesos y la naturaleza del hombre dieron siempre por fruto el sometimiento del pueblo inferior al superior. Este vasallaje que se impone por la fuerza de las cosas, fué siempre tanto más absoluto cuanto superior fuera la nación conquistadora; y tanto más cruel para los conquistados cuanto más bárbaras fueron la índole, la religión y las costumbres de los pueblos invasores. Los cuales pueblos realizaron comúnmente la usurpación por dos medios: la fuerza, y la persuasión.